

Encuentro de Presidentes de Conferencia

Homilía 22 de noviembre de 2024

Escuchar es una palabra clave en nuestro servicio como Ministros. Antes que eso, es una dimensión humana fundamental. Y es precisamente la importancia de la escucha lo que nos da la razón de que no sea una virtud fácil. Nosotros mismos, en nuestro servicio, a menudo estamos convencidos de que escuchamos; a decir verdad, deberíamos examinarnos bien y darnos cuenta de cuántas veces ya tenemos la respuesta, buscamos más bien convencer a la otra persona, y nos cuesta madurar una escucha cordial y atenta.

Hoy, el Evangelio de Lucas nos presenta a un pueblo sencillo que incluso se cuelga de los labios de Jesús para escucharle, mientras que los dirigentes del pueblo quieren callar la boca de Jesús, apagar su voz, no sólo para no escucharle, sino para impedir que todos le escuchen. Esta breve página del Evangelio es muy dramática. No escuchar tiene consecuencias y puede llevarnos al punto de negar al otro.

Los que están llamados a escuchar y servir, como nos dijo el vidente del Apocalipsis, reciben un “librito”. Como si dijera: no tenemos que escuchar la Escritura para comprenderla y digerirla toda de una vez. Está dirigida a nosotros para cada día, para cada misión, para cada momento de nuestro servicio, una palabra que podemos escuchar, digerir lentamente y luego proclamar. ¡Permanezcamos fieles a la escucha!

El Apocalipsis 10, que hemos escuchado, tiene un paralelo con Ezequiel 3, donde el libro sacia por completo al profeta y es dulce como la miel. Con el salmo hemos repetido que las promesas del Señor son dulces a nuestro paladar, es decir, que su palabra nos alegra mientras nos alimenta.

Entonces se pide al profeta que escuche y asimile la palabra de Dios. Su dulzura indica que, al principio, cuando se recibe la palabra de Dios hay alegría; por tanto, es dulce para el que la recibe (Salmo 118,103); pero después es amarga por el sufrimiento que causa:

Lo que ha sido sembrado en terreno pedregoso es el hombre que oye la Palabra y la acoge inmediatamente con alegría, pero no tiene raíces en sí mismo y es inconstante, de modo que en cuanto llega la tribulación o la persecución a causa de la Palabra, se escandaliza. (Mateo 13,20-21).

Revisémonos primero a nosotros mismos en el servicio a los hermanos. ¿Qué dulzura y qué amargura experimentamos al recibir la palabra del Señor? En la Escritura, ciertamente, pero también a través de la vida de los hermanos, de nuestras Entidades y de la Orden. Esta dulzura y amargura toca también nuestro cuerpo, como dice el Testamento de San Francisco, es decir, toda nuestra persona en su totalidad. La escucha no es sólo intelectual, implica la voluntad y los afectos.

Apocalipsis 10,11 nos recuerda que Juan todavía tiene que profetizar sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes, y esto conlleva sufrimiento a causa de la palabra de Dios. Esto es lo que también experimentó Cecilia, la mártir romana a la que recordamos hoy.

También nosotros debemos seguir profetizando, es decir, testimoniando a nuestros hermanos y hermanas la palabra de Dios y la dulzura y la amargura que conlleva la adhesión a nuestro modo de vida. Reconocemos lo mucho que todavía estamos llamados a crecer en la escucha y lo difícil que es a menudo llevar dentro de nosotros la alternancia

entre dulzura y amargura, sobre todo ante la sordera, la no aceptación, la resistencia pasiva o a veces incluso la oposición de algunos de nuestros hermanos.

Convertirnos en hombres de escucha, en la amargura y la dulzura de la palabra recibida y proclamada, es una parte central de nuestra vocación y misión como Ministros y servidores de la Fraternidad.

Pidamos al Espíritu que crezca en esto y que no nos canse primero de asimilar la palabra que nos da la vida y de experimentar juntos la dulzura que está en el corazón de nuestra vida de hermanos menores y la amargura que nos pide renunciar a nosotros mismos, en el sentido evangélico de dar la vida por nuestros hermanos.

Que el Señor nos acompañe en este camino, custodiados por San Francisco.